

cipal, los ojos negros llorarían mucho y Jacobo tendría al saberlo, un gran pesar. Por fin, lleno de resolución, Poquita Cosa se metió la misiva en el bolsillo, diciendo: —¡Vaya, no iré!

## X

## Irma Borel

Cucú-Blanc le abrió la puerta.

¿Habrá necesidad de decir que cinco minutos después de haber jurado que no iría, Poquita Cosa llamaba a la habitación de Irma Borel? Al verle, la horrible negra dibujó á modo de sonrisa, una mueca digna de un ogro de buen humor, y con su mano oscura y luciente le hizo señal de que pasara adelante. Atravesaron tres ó cuatro salones á cada cual más suntuosos, y se detuvieron ante una misteriosa mampara á través de la cual se oían gritos guturales, sollozos, imprecaciones y risas convulsivas medio ahogados por el espesor de las tapicerías. Llamó la negra y sin esperar respuesta, introdujo á Poquita Cosa.

Sola, en rico gabinete tapizado de seda color malva é inundado de luz, Irma Borel andaba á grandes pasos declamando; holgado peinador azul celeste lleno de guipures flotaba como una nube alrededor de su cuerpo. Por una de las mangas del peinador, recogida hasta el hombro, aparecía niveo brazo de una pureza incomparable, blandiendo á guisa de puñal, un cortapapel de nacar. Con la otra mano semi anegada en guipures, sostenía un libro abierto...

Poquita Cosa se detuvo inmensamente deslumbrado. Nunca le pareció tan soberbia la señora del principal; en primer término estaba menos pálida que cuando la vio por primera vez; aparecía ahora, sonrosada y fresca, pero de un tono algo velado, recordaba la bella flor del almendro, al par que la pequeña cicatriz que tenía al borde del labio, parecía mucho más blanca. Añádase á esto, algo que

la primera vez no pudo ver, su cabellera suavizando lo que su rostro tenía de duro y altivo. Rubios eran sus cabellos, rubios cenicientos y como empolvados, pero ¡qué abundantes! y ¡qué finos!... Figuráos un nimbo de oro alrededor de su testa.

Ver á Poquita Cosa é interrumpir su declamación fué obra de un instante. Arrojó sobre una otomana el libro y el cuchillo de nacar, se recogió con un gesto monísimo la manga del peinador, y tendió con gallardía la mano á su visitante.

—Buenas noches, vecino,—dijo acompañando sus palabras con una gentil sonrisa.—Me ha sorprendido usted en pleno furor trágico: estoy estudiando el papel de Clytemnestra... Soberbio papel, ¿verdad?

Invítóle luego á sentarse á su lado en la otomana y comenzó el coloquio.

—¿Con qué se dedica usted al arte dramático, señora? (No se atrevió á llamarla «vecina».)

—¡Oh! ¿sabe usted? es un capricho como otro cualquiera... Mire usted, por gusto he estudiado música y escultura... No obstante, ahora creo haber dado en el blanco. Estoy en vísperas de «debutar» en el Teatro Francés...

En aquel momento se oyó gran ruido de alas, y un enorme pájaro con moño amarillo fué á posarse sobre la rizada cabellera de Poquita Cosa.

—No se asuste usted,—dijo la dama al verle palidecer,—es mi cacatua, un hermoso animalillo que traje de las islas Marquesas.

Cogiendo al pájaro le llenó de arrumacos, y después de decirle cuatro palabras en español, lo llevó á una percha dorada colocada al extremo del gabinete... Poquita Cosa miraba todo aquello con los ojos abiertos en redondo. ¡Pues no era poco! La negra, la cacatua, el Teatro Francés las islas Marquesas...

¡Qué mujer tan extraordinaria! se decía lleno de admiración.

La señora volvió á sentarse á su lado y se reanudó el interrumpido coloquio. En un principio hizo todo el gasto la «Comedia pastoral». Desde la víspera, la señora la había leído y releído distintas veces, se sabía ya algunos versos de memoria y los declamaba con verdadero entusiasmo. Nunca hasta entonces se había sentido tan lisonjeada la vani-

dad de Poquita Cosa. Quiso la señora saber su edad, dónde había nacido, cómo vivía, si frecuentaba el gran mundo, si estaba enamorado. Poquita Cosa respondía á sus preguntas con un candor tal, que una hora después la señora conocía á fondo lo de mamá Jacobo, la historia de la familia Eysselte, y la firme resolución de reconstruir el perdido hogar, que bajo juramento, habían tomado ambos hermanos. Por supuesto, de la señorita Pierrotte no se dijo una palabra. Hablóse sí de cierta jovencita del gran mundo que se moría de amor por Poquita Cosa, y á quien su padre, un bárbaro, ¡pobre Pierrotte! contrariaba en su pasión amorosa.

A lo mejor de estas confidencias, alguien penetró en el salón. Era un anciano escultor de cabellera cana, el que daba lecciones á la señora, cuando ésta cultivaba la cultura.

—Apostaría,—le dijo el recién llegado á media voz y contemplando á Poquita Cosa con malicia,—apostaría doble contra sencillo, á que ese caballero es el coralero napolitano.

—El mismo,—dijo ella riendo, y volviéndose de nuevo al coralero, bastante sorprendido de oírse llamar así.—¿No se acuerda usted,—le dijo,—de una mañana que le encontré á usted en la escalera?... Iba usted con el cuello desnudo, el pecho desabrochado, el pelo en desorden y llevaba un cántaro en la mano... no sé por qué, me hizo usted el efecto de un pescadorcillo de coral de los que se encuentran á cada paso en la bahía de Nápoles... Por la noche hube de contárselo á mis amigos, y estábamos lejos de presumir entonces, que el coralerito en cuestión fuese un eminente poeta, y que del fondo de aquel cántaro de barro, pudiese salir nada menos que la «Comedia pastoral».

Calculen ustedes cuán ufano no se pondría Poquita Cosa, al oírse tratar con tan respetuosa admiración. Al propio tiempo que con aires de modestia se inclinaba y sonreía, Cucú-Blanc introdujo en el gabinete á un nuevo visitante, que no era otro que el egregio Baghavat, el poeta indio de la mesa redonda. Al entrar se fué en derechura hacia la señora, entregándole un libro con cubiertas verdes.

—Le devuelvo á usted las mariposas,—dijo.—¡Vaya una literatura más estrafalarial...

Un gesto de la dama le contuvo. Comprendió sin duda

que el autor estaba allí presente, y se volvió á mirarle afectando una sonrisita. Reinó un momento de silencio y embarazo, al cual puso término la feliz llegada de un tercer personaje. Era el tal un profesor de declamación, tipo mal encarado, pequeño, jorobado y macilento, llevaba peluca roja y mostraba al reír dos filas de dientes negruzcos. Parece que sin la jiba, hubiera sido el tal corcobado uno de los mejores comediantes de sus tiempos; pero este defecto corporal le cerraba el acceso de las tablas, debiendo contentarse con formar alumnos, y decir pestes de todos los comediantes habidos y por haber.

Desde que se asomó á la puerta, le preguntó la señora: —¿Ha visto usted á la Israelita? ¿Qué tal se ha portado esta noche?

La Israelita, era la Rachel, la ilustre trágica que estaba á la sazón en el apogeo de su celebridad.

—Esa muchacha va de mal en peor,—dijo el profesor encogiendo los hombros.—A estas horas ya no vale un camino... Créanme ustedes... es una grulla, una verdadera grulla.

—Es verdad... una verdadera grulla,—contestó la discípula, y tras ella, los otros dos, llenos de convicción, repitieron:

—Eso es; una verdadera grulla.

Un momento después todos suplicaban á la señora que recitara algo.

Sin hacerse de rogar, se puso en pie, cogió el cuchillo de macar, se levantó la manga del peinador y empezó á declamar.

¿Lo hizo bien ó mal? Para decirlo, Poquita Cosa se hubiera visto en grandes aprietos. Deslumbrado por aquel gran niveo brazo, por aquella cabellera de oro que se agitaba con frenesí, era todo ojos y no oía. Cuando la señora hubo terminado, aplaudió con más entusiasmo que los otros, asintiendo con todos en que decididamente la Rachel era una grulla, sí, una verdadera grulla, ni más ni menos.

Pasó toda la noche soñando con el niveo brazo y con la nube de oro. Luego durante el día, al sentarse en la mesa de las rimas, aquel brazo encantador, aun vino á tirarle de la manga. En la imposibilidad de hacer versos y no que-

riendo salir á la calle, aprovechó la coyuntura para escribir á Jacobo hablándole de la señora del principal.

«Ay, chico qué mujer! Sabe de todo y en todo entiende: compone sonatas, pinta cuadros, y en la repisa de su chimenea verías una linda colombina en barro, modelada por ella. Hace tres meses que toma lecciones de tragedia, y ya declama mejor que la célebre Rachel. Decididamente parece, que la tal Rachel, no pasa de ser una grulla. En fin, chico, una mujer como no podrías siquiera imaginártela. ¿Qué es lo que ella no ha visto, si ha estado en todas partes? De pronto oirás que dice: «Cuando pasé por San Petersburgo...» y al cabo de un instante te hace saber que prefiere la rada de Río Janeiro á la de Nápoles. Posee una cacatua que adquirió en las islas Marquesas, y una negra que tomó consigo al pasar por Puerto Príncipe... Pero toma, ya la conoces: es nuestra vecina Cucú-Blanc, quien á pesar de su feroz aspecto, es una buena muchacha, tranquila, discreta, fiel, llena de abnegación y que gusta de expresarse por medio de refranes como el famoso Sancho Panza. Cuando las visitas de la casa pretenden sonsacarla respecto de su ama, preguntándole sobre si está casada ó no, ó si tiene algún señor Borel en algún paraje, ó en fin, si es tan rica como dan en decir, Cucú-Blanc saliéndose de su jerga habitual, contesta: «Zafai cabrite pas zafai mouton» (los negocios del cabrito no son los del carnero). O bien: «C'est soulier qui conait si bas tiní trou» (los zapatos son los que saben si las medias tienen agujeros). Posee un centenar de refranes por el estilo, y si á ella acuden los indiscretos, los deja en ayunas y con tres palmos de narices. A propósito, ¿no dirías con quien me he encontrado en casa de la señora del principal?... Con el poeta indio de la mesa redonda, con el eminente Baghavat en cuerpo y alma. Y por cierto que debe estar perdidamente enamorado de ella, pues todo se le vuelve hacer poemas comparándola ora con el condor, ora con el loto, ora con el búfalo: mas ella, maldito el caso que hace de semejantes piropos. Además que todo eso ya debe salirle por los ojos, pues no hay artista de los que frecuentan su casa (y te abono que se cuentan algunos muy famosos), que no se enamore de ella.

«¡Es tan hermosa, tan soberbiamente hermosa!... En verdad que hasta temería por mi corazón, si no tuviese due-

ño. Por fortuna aquí están los ojos negros para preservarme... ¡Ay adorados ojos negros! Con ellos he de pasar hoy toda la velada, hablando de ti y sólo de ti, mamita Jacobo.»

Al poner Poquita Cosa punto final á la carta, llamaron á la puerta discretamente. La señora del principal le enviaba por conducto de Cucú-Blanc una invitación para el Teatro Francés donde vería á la grulla desde su palco. Hubiera correspondido á tal obsequio de mil amores; pero reparó que no tenía frac y tuvo que contestar negativamente. Esto le puso de un humor de perro. Jacobo, se decía, debía haberme mandado hacer un frac... Es una prenda indispensable... Cuando aparezcan los artículos, tendré que ir á dar las gracias á los señores periodistas.

¿Y cómo me presento sin frac? Por la noche se llegó al pasaje del Salmón; pero esta visita le distrajo muy poco. El cenovol reía á carcajadas y la señorita Pierrotte era demasiado morena. En vano los ojos negros le miraban tiernamente, como diciéndole: «¡Amanos!» con aquel místico lenguaje de las estrellas: el ingrato se negaba á oírles. Después de comer, cuando llegaron los Lalouettes, se instaló en un rincón, lleno de aburrimiento y de tristeza; y mientras el cuadro mecánico con música tocaba sus habituales tonadillas, la mente de Poquita Cosa divisaba á Irma Borel, instalada en su hermoso palco, como en un trono, agitando el abanico y ostentando su níveo brazo, mientras todas las luces de la sala centelleaban reflejándose en su dorada cabellera... ¡Oh! pensaba, ¡qué vergüenza si me viera aquí en este momento!

Pasaron algunos días sin más incidentes. Irma Borel, no daba señales de vida. Parecía haberse interrumpido toda relación entre los pisos primero y quinto. Poquita Cosa, sentado en su mesa, oía todas las noches la victoria de la dama al entrar y al sordo rumor del carruaje, y á la voz del cochero que mandaba abrir, se estremecía sin saber por qué. Además no podía oír sin emoción los pasos de la negra al retirarse á su aposento: y, de haberse atrevido, habría salido á su encuentro á preguntarle por su ama... Pero, á pesar de todo, los ojos negros aun eran dueños de la plaza. Poquita Cosa pasaba horas y más horas á su lado. El tiempo restante se encerraba en casa y ensartaba rimas, con no poco encanto de los gorriones que iban á ver-

le de todos los techos de á la redonda, pues los gorriones del barrio Latino se asemejan á la señora de gran mérito, en punto á las pícaras ideas que se han forjado de las zahurdas estudiantiles. En cambio las campanas de Saint-Germain, pobres campanas consagradas al Señor y en clausura para toda la vida como si fueran Carmelitas, se regocijaban al ver á su amigo Poquita Cosa eternamente sentado ante la mesa, y para alentarle le obsequiaban con grandes tandas de repiques.

En esto recibió noticias de Jacobo. Hallábase instalado en Niza y daba múltiples pormenores de su permanencia allí... Hermoso país, querido Daniel. ¡Ay! ¡Y cómo te sentirías inspirado si vieses ese mar inmenso que se divisa desde mis ventanas! Poco disfruto de él no obstante, pues, apenas salgo. El marqués dicta que te dicta todo el día. ¡Demontre de hombre! A veces, entre frase y frase, levanto la cabeza, y apenas vislumbro una pequeña vela en el horizonte, ya me tienes de nuevo de brucos sobre el papel. La señorita de Hacqueville continúa enferma de cuidado. La oigo en el cuarto superior tosiendo todo el día. También yo, apenas llegado aquí, cogí un fuerte resfriado que no me quiere pasar.

«Si has de creerme, no vuelvas á poner los pies en casa de esa mujer... Para ti es demasiado complicada, y, ¿quieres que te lo diga con franqueza? me huele á aventurera... A propósito: ví ayer en el puerto un brik holandés que venía de hacer un viaje alrededor del mundo; llevaba bambús japoneses, esparos chilenos y una tripulación abigarrada como un mapa. Pues bien, chico, se me antoja que la tal Irma Borel debe parecerse grandemente á ese buque. Que un brik haya viajado mucho, está muy bien; pero tratándose de una mujer, es muy distinto. Por regla general las personas que han visto tantas cosas, acostumbran á hacer ver otras muchas más á los otros. Mucho tiento, Daniel, ándate con cuidado, y sobre todo no te olvides de los ojos negros, no les hagas verter lágrimas bajo ningún concepto.»

Estas últimas palabras llegaron en derechura al corazón de Poquita Cosa, á quien le parecía admirable la persistencia con que Jacobo velaba por la felicidad de la que no había querido amarle.

—¡Oh, no, Jacobo, no temas, yo te abono que por mí no

llorará,—se decía, mientras tomaba la firmísima resolución de no volver al cuarto principal... Pero vayan ustedes á fiar en las firmes resoluciones de Poquita Cosa.

Sin embargo, aquella noche, no se fijó apenas en el ruido de la victoria al rodar por el vestíbulo; y en cuanto á la acostumbrada canción de la negra, no le distrajo siquiera. Erase una noche de Septiembre, tempestuosa y densa... Poquita Cosa trabajaba con la puerta entreabierta... De súbito parecióle oír un crujido en la escalera de madera que conducía á su cuarto, luego percibió leve rumor de pasos y el roce de un vestido. Alguien subía, de fijo; pero, ¿quién era?

Largo rato hacía que Cucú-Blanc se había recogido... Quizás la dama del principal iba á dar á su negra algún recado.

A esta idea latió con violencia el corazón de Poquita Cosa; pero tuvo valor bastante para no levantarse de la mesa... Los pasos se aproximaban. Se detuvieron en el descanso... Reinó un momento de silencio, luego sonó un golpecillo sobre la puerta del cuarto de la negra, ésta respondió.

—Ella es,—dijo Poquita Cosa, sin abandonar su sitio.

Y al poco rato se esparcía por su estancia luz y perfumes.

Rechinó la puerta: alguien entró.

Y Poquita Cosa, temblando y sin volver el rostro, preguntó:

—¿Quién es?

## XI

### Corazón de azúcar

Hacia ya dos meses que partió Jacobo y no hablaba de volver. La señorita de Hacqueville había muerto. El marqués escoltado por su secretario, paseaba su luto por Italia, sin cesar un solo día en la horrible tarea de dictarle sus memorias. A Jacobo, rendido de cansancio, ape-

¿has si le quedaba un momento para poner cuatro líneas á su hermano, fechadas en Roma, Nápoles, Pisa, Palermo; pero si la fecha de estas cartas varía á menudo, el texto es siempre el mismo... ¿Trabajas mucho?... ¿Cómo están los ojos negros?... ¿Se venden muchos tomos?... ¿Ha aparecido ya el artículo de Gustavo Planche?... ¿Has visitado nuevamente á Irma Borel? A tan reiteradas preguntas, Poquita Cosa contestaba invariablemente que trabajaba mucho, que la venta de libros sigue muy bien, lo propio que los ojos negros, y que no ha visto más á Irma Borel, ni ha oído hablar de Gustavo Planche.

¿Qué hay de cierto en todo ello?... La última carta de Poquita Cosa, escrita durante una tempestuosa noche de fiebre, nos lo va á revelar:

«Señor Jacobo Eyssette,  
Pisa.

»Domingo á las 10 de la noche

»Jacobo, te he engañado miserablemente. Hace dos meses no hago más que engañarte. Te he dicho que trabajaba y hace dos meses que está seco mi tintero. Te he dicho que la venta del libro iba bien y hace dos meses que no se ha vendido un ejemplar. Te he dicho que no había vuelto á ver á Irma Borel, y hace dos meses que no me separo de su lado. En cuanto á los ojos negros... ¡Ay! ¿Por qué no te he creído, Jacobo, mío?... ¿Por qué he vuelto á casa de aquella mujer?...

Tenías razón sobrada. Es una aventurera, sólo una aventurera... Al principio la creí inteligente... Me engañaba... Nada de cuanto dice es suyo. No tiene sesos ni entrañas... Es trapacera, cínica y malvada. En sus raptos de cólera, la he visto moler á latigazos á la negra, derribarla al suelo y pisotearla... Es un marimacho que no teme á Dios ni al diablo; sólo acepta ciegamente las predicciones de las sonámbulas y del mozo de café. En cuanto á sus talentos de actriz trágica, por más que reciba lecciones de un engendro corcobado y que éste se pase todo el día en su casa, atracándose de bolas de goma, estoy seguro que ningún teatro querrá cargar con ella. En la vida privada, allí sí que es una cómica completa.

¿Cómo he podido caer en las garras de semejante monstruo, yo que amo por instinto la bondad y la sencillez? no

me lo explico, mi querido Jacobo; pero lo que sí puedo jurarte es que he logrado escapar y que ahora todo se acabó, todo, todo. ¡Oh, si supieses cuán cobarde he sido y los papeles que me hacía representar. Le conté toda mi historia, le había hablado de mamá, de ti y de los ojos negros... ¡Oh! Debiera morir de vergüenza... Le abrí mi corazón de par en par, le confié toda mi vida; pero en cambio ella de la suya, nada absolutamente ha querido confiarme... No sé quién es, ni de dónde viene... Preguntéte un día si era casada y se echó á reír. ¿Recuerdas aquella cicatriz que tiene sobre el labio? Es una cuchillada que recibió en Cuba. Quise saber quién se la había inferido, y me contestó con gran naturalidad:

—Un español llamado Pacheco.

Ni una palabra más. ¿Verdad que esta contestación es tonta? ¿Acaso yo conozco al tal Pacheco?... ¿No podía darme más amplias explicaciones?... ¡Qué diablo! Una cuchillada no se recibe así como así, sin más ni más. Pero ¡qué quieres! Los artistas que la rodean le han creado cierto renombre de mujer rara, y ella se alampa por tal reputación. ¡Oh! ¡Qué artistas, Jacobo! Créeme, he acabado por execrarles. Diríase que á fuerza de vivir entre estatuas y pinturas, acaban por imaginar que no hay otra cosa en el mundo. Ahí les tienes hablándote sin cesar de formas, de líneas y colores, del arte griego y el Partenón, de alineaciones y de mastoideos. Te examinan la nariz, la barba, los brazos y las piernas, buscando si tienes tipo gálico, «carácter»; pero de lo que late dentro de nuestros pechos, de las pasiones que nos conmueven, de las lágrimas y congojas que nos afligen, no se ocupan en absoluto. Esas gentes han dado en decir que mi cabeza tiene carácter, y mis versos no. ¡Cómo hay Dios, me han alentado!...

Al comienzo de nuestras relaciones, esa mujer se figuró que daba con un prodigio, con un gran poeta de bohardilla.

¡No me han mareado poco con la dichosa bohardilla! Luego después, cuando su cenáculo le hubo demostrado que yo era un imbécil, me retuvo y ¿sabes por qué? por el carácter de mi cabeza, carácter que debe ser muy singular, pues varía según las gentes. Un pintor de los que la rodean veía en ella el tipo italiano y me hacía servir de modelo para emborronar un «pifferaro», otro me convertía

en vendedor de violetas argelino, luego otro... pero ¿á qué enumerarlo? Siempre me tenía ocupado en su casa, y para no tronar con ella, érame forzoso permanecer casi todo el día en su salón, cargado de oropeles, al lado de sus cacatuas. Muchísimas horas he pasado así, vestido de turco, fumando una larga pipa en cuclillas sobre un diván, mientras ella, sentada enfrente, iba declamando, con sus bolas de goma en la boca y se interrumpía de vez en cuando para decirme: «¡Qué carácter tiene vuestra cabeza, mi querido Dani-Dán!» Advierte que me llamaba Dani-Dán, cuando hacía de turco, Danielo, cuando hacía de italiano, nunca Daniel... Por lo demás, me cabrá el honor de figurar bajo dos aspectos distintos en la próxima exposición de pinturas. El catálogo dirá: «Joven pifferaro, de la señora Irma Borel», «Joven fellah, de la señora Irma Borel». Y seré yo... ¡qué vergüenza!

Suspendo la carta un momento, mi querido Jacobo. Voy á abrir la ventana y á respirar un poco de aire de la noche. Me ahogo... y pierdo el mundo de vista.

*A las once.*

El aire me ha reanimado. Con la ventana abierta, podré proseguir. Lluve, la noche está negra, se oye el sonido de las campanas. ¡Qué triste es este cuarto!... ¡Pobre aposento, tanto como antes te amaba, me aburres ahora! «Ella» es quién lo ha viciado con sus visitas... Naturalmente, viviendo en la misma casa, no tenía más, como quien dice, que tender la mano... ¡Era tan cómodo!... ¡Oh! ¡Ya no eres, ya no puedes ser un cuarto de trabajo!

Estuviera ó no estuviera en casa, ella entraba aquí á todas horas y lo revolvió todo. Una noche la sorprendí husmeando en el cajón en que suelo guardar lo más precioso que poseo en el mundo, las cartas de mamá, las tuyas, las de los ojos negros: están en una caja dorada que ya debes conocer. Pues bien, entré cuando Irma Borel iba á abrir la cajita. No tuve tiempo sino para lanzarme sobre ella y arrancársela de las manos.

—¿Qué estáis haciendo?—le grité con indignación...

Y ella tomando trágicos ademanes, responde:

—He respetado las cartas de vuestra madre; pero éstas me pertenecen... Venga esta caja,

—¿Para qué la queréis?

—Para leer las cartas que contiene.

—Eso nunca,—le digo.—Vuestra vida es para mí un misterio impenetrable, y vos conocéis la mía toda entera.

—¡Oh! ¡Dani-Dán!...—era día de turco—¡oh! ¡Dani-Dán! ¿Es posible que me lo echéis en cara? ¿Por ventura no entráis en mi casa y salís de ella á todas horas como mejor os place? ¿No conocéis á todos cuantos me visitan?

Y hablando de esta suerte con indecible zalamería, trataba de recobrar la caja.

—Está bien,—le dije,—puesto que así es en efecto, consiento en que la abráis; pero con una condición...

—¿Cuál?

—Habéis de decirme dónde vais todas las mañanas de ocho á diez.

Al oír estas palabras palideció y me miró de hito en hito... Nunca le había hablado de semejante cosa, y no era por falta de ganas. Su salida diaria me intrigaba en extremo, me inquietaba tanto por lo menos, como la cicatriz, como Pacheco, como todas las cosas relacionadas con esa mujer misteriosa. Bien hubiera querido saberlo; pero me amedrentaba. Oía en todo aquello algún misterio infamante que me hubiera obligado á huir de ella... No obstante, aquel día, como ves, tuve valor para interrogarla. Mi actitud la sorprendió extraordinariamente. Vaciló un momento, y haciendo un esfuerzo, me dijo con voz apagada:

—Dadme la caja y lo sabréis todo.

Entonces se la di... ¿Verdad Jacobo que obré como un bellaco? Palpitando de gozo la abrí y se puso á leer todas las cartas—unas veinte—con lentitud, á media voz y sin pasarse una línea. Mucho pareció interesarle aquella historia de amor púdica y fresca. Ya se la había contado yo; pero á mi manera, haciendo pasar á los ojos negros por una joven de alto rango, cuyos padres se oponían á dejarla casar con un mísero plebeyo como Daniel Eyssette. En esto reconocerás sin duda, mi ridícula vanidad.

De vez en cuando, interrumpía la lectura y exclamaba: —¡Canalla! ¿sabes que eso es muy lindo? ó bien:—¡Oh! ¡Oh! Vaya, que para un joven noble... Luego, á medida que acababa de leerlas acercábalas á la bujía y las abrasa-

ba, riendo malignamente. Yo la dejaba hacer, ávido de saber á dónde iba todas las mañanas de ocho á diez.

Pero entre las cartas había una escrita en papel timbrado de la casa Pierrotte; tres platos verdes encima, y debajo: «Cristales y Porcelanas.—Pierrotte sucesor de Lalouette.—¡Pobres ojos negros!... Sin duda un día, hallándose en la tienda tuvieron necesidad de escribirme y se valieron del primer pliego de papel que hallaron á mano... ¡Calcula qué descubrimiento para la trágica! Hasta entonces había creído á pies juntillos mi historia sobre la joven aristócrata, hija de unos grandes señores; pero esta carta se lo reveló todo, y soltó una enorme carcajada...

—¿Y era esta la joven patricia, la perla del noble «faubourg...» ¿esa que se llama Pierrotte y vende porcelana en el pasaje del Salmón?... Ahora me explico vuestra resistencia á entregarme la caja. ¡Dios mío, y de qué modo se reñal...

¡Ah! No sé entonces lo que pasó por mí... Sentíme acometido de vergüenza, de rabia y de despecho... Perdí el mundo de vista y me arrojé sobre ella para arrancarle la carta; pero una gruesa mano oleosa me tiró de revés contra la pared y se interpuso entre los dos.

La otra en tanto se había levantado y lloraba ó fingía llorar; pero no por eso dejaba de escudriñar la caja.—¿No sabes?... le decía á la negra ¿no sabes por qué ha querido pegarme?... Porque acabo de descubrir que su novia, aquella señorita de la nobleza, vende platos en un pasaje...

—«Toutcaquiportezeperons, maquignon» (no es galán todo el que calza espuelas)—dijo la negra á guisa de sentencia.

—¡Toma! ¡Mira!—exclamó la trágica, mira qué prendas de amor le daba la tendera... Cuatro cerdas de su moño y un ramito de violetas de á ochavo... Cucú-Blanc, acerca la luz...

La negra obedeció y cabellos y flores ardieron chisporroteando. Yo la dejaba hacer, estaba anonadado.

—¡Hola, hola!... ¿Y eso qué es?...—continuaba la trágica desdoblado un papel de seda...—¿Una muela?... Ah, no, parece azúcar... Sí, sí, azúcar alegórico... un corazoncito de azúcar.

Sí, un día en la feria de los «Pres-Saint-Gervais», los ojos negros compraron aquel corazón de azúcar, y me lo regalaron diciendo:

—Os entrego mi corazón.

Miráballo la negra con codicia.

—¿Lo quieres, Cucú-Blanc?... Toma, atrápalo. Y se lo tiró á la boca comiéndolo á un perro... Será ridículo si quieres; pero al oírlo crugir entre las quijadas de la negra, me estremecí desde la cabeza á los pies. Parecíame que los blancos dientes de aquel monstruo lo que devoraban tan alegremente, era el propio corazón de los ojos negros.

Tal vez creerás, mi buen Jacobo, que después de esta escena, todo concluyó entre nosotros. Pues mira, si al día siguiente hubieses entrado en el gabinete de Irma Borel, la habrías encontrado ensayando el papel de Hermiona con el jorobado, y en un rincón, sentado en cucullas sobre una estera, habrías visto á un joven turco con una enorme pipa cuyo tubo le daba tres vueltas alrededor del cuerpo... ¡Qué cabeza tan característica tenéis mi Dani-Dán!

Pero á lo menos dirás:—¿qué recompensa ha tenido tanta infamia?... ¿Has llegado á averiguar siquiera qué era de «ella», todas las mañanas de ocho á diez?—Sí, Jacobo, lo sé; pero no lo he sabido hasta hoy, después de una acalorada escena, que—espero será la última—voy á relatarte... ¡Pero, silencio!... Alguien sube... ¿Será ella que vendrá á acosarme nuevamente? Es muy capaz de hacerlo, aún después de lo que ha pasado... Aguarda... Voy á cerrar la puerta, daré dos vueltas á la llave... No tengas miedo... No entrará... No quiero que entre...

*¡A las doce de la noche.*

No era ella, era la negra. Ya me parecía raro, pues no había oído rodar el carruaje. Cucú-Blanc acababa de acostarse. A través del tabique oigo el glu-glu de la botella y la horrible tonada «tolocototián»... Ya ronca: parece el péndulo de un reloj de torre.

Voy á contarte cómo han concluido nuestros tristes amores.

Hace como unas tres semanas, su profesor de declamación, el jorobado, le dijo que ya estaba suficientemente preparada para los grandes triunfos trágicos y que deseaba hacerla oír, lo mismo que á otros varios alumnos.

Y cuando á la trágica en sus glorias... A falta de teatro, conciben en transformar en sala de espectáculo el taller de

uno de sus confertulios y mandar invitación á todos los directores de teatros de París... Después de un largo debate, adoptan para estrenarse la «Athalia», que era de todas las obras del repertorio la que mejor sabían los alumnos del corcobado. Para ponerla debidamente, era necesario practicar afinaciones y ensayos de conjunto. Vaya pues, por «Athalia...» Y como quiera que Irma Borel era persona asaz considerada para no molestarse, los ensayos se hacían en su domicilio. Todos los días el corcobado comparecía con sus discípulos, cuatro ó cinco mozas altas, flacuchas, solemnes, envueltas en cachemiras francesas de á tres francos cincuenta, y tres ó cuatro infelices con trajes de papel pintado de negro y cabeza de náufrago... Se pasaban el día ensayando, menos de ocho á diez, pues las misteriosas escapatorias no habían cesado por eso. Todo el mundo, Irma, el jorobado y sus alumnos trabajaban con tal ardor, que durante dos días se olvidaron de dar de comer á la cacatua. Respecto el joven Dani-Dán, nadie se ocupaba de él... En suma, todo marchaba á pedir de boca, el taller estaba dispuesto, construido el escenario, preparados los trajes, pasadas las invitaciones, cuando cádate ahí que tres ó cuatro días antes de la representación, el joven Eliacín—una muchacha de diez años, sobrina del jorobado—se pone enferma. ¿Qué hacer? ¿Dónde encontrar á un Eliacín, un muchacho capaz de aprenderse el papel en tres días?... Consinternación general. De golpe Irma Borel se encara conmigo: —Calla, Dani-Dán podrá encargarse de este papel.

—¿Yo?... Os chanceáis... ¿A mi edad?...

—Nadie dirá que sea un hombre... Cualquiera os creería de quince años á lo sumo; y en escena vestido y compuesto mediante una mano de polvos y colorete, aparentaréis doce á lo sumo... Además, el papel sienta muy bien con el carácter de vuestra cabeza...

En vano traté de resistir: no hubo otro remedio que pasar por lo que ella quería, como de costumbre... ¡Soy tan cobarde!

Por fin se dió la representación... ¡Ah, si estuviera de humor, cómo te divertiría haciéndote el relato de esta jornada!... Hablase contado con la asistencia de los directores del Gimnasio y del Teatro Francés; pero parece que estos señores tendrían otros quehaceres y hubimos de contentarnos con un director de los afueras, que llegó poco antes de

terminar el espectáculo. Por lo demás no anduvo del todo mal aquella función casera. Irma Borel fué extraordinariamente aplaudida... A mí me pareció que la «Athalia» cubana pecaba por sobra de énfasis y falta de expresión; y que hablaba el francés como una curruca española; pero ¡bah! sus amigos los artistas no eran por lo visto tan meticulosos. El traje que vestía era auténtico, fino el tobillo y el cuello bien contorneado... No se necesitaba más. El carácter de mi cabeza también me valió un triunfo, no tan grande, sin embargo, como el que obtuvo Cucú-Blanc en su papel mudo de nodriza. Hay que tener en cuenta que la cabeza de la negra tenía aún más carácter que la mía. De modo que cuando apareció en el acto quinto con la enorme cacatua en la mano—turco, negra, cacatua, la trágica había dispuesto que figuráramos todo en el espectáculo—haciendo rodar sus blancas y feroces pupilas, resonó en la sala formidable explosión de bravos. ¡Qué gran éxito!—exclamaba «Athalia» radiante de entusiasmo...

Ay Jacobo, oigo en este momento el ruido del carruaje. ¡Malvada! ¿De dónde vendrá tan tarde? ¿No se acuerda ya de lo que ha ocurrido esta mañana? ¡Ay! yo tiemblo todavía...

Han vuelto á cerrar la puerta. ¡Con tal que ahora no suba!... ¿Has visto cosa más horrible que la vecindad de una mujer execrada?...

*A la una.*

La representación que acabo de contarte tuvo efecto hace tres días.

Durante esos tres días se ha mostrado alegre, dulce, afable, encantadora, tanto que ni una sola vez pegó á la negra. Distintas veces me ha preguntado por tí, ha querido saber si todavía toses, y no obstante, bien sabe Dios que esta mujer te abomina... En verdad que estaba en el caso de temer algo.

Esta mañana ha entrado en mi cuarto: daban las nueve... ¡Las nueve!... A tal hora jamás la había visto. Se me aproxima y sonriendo me dice:—¡Son las nueve!

Luego tomando de súbito un continente solemne, exclama:

Amigo mío, hasta aquí os he llevado engañado. Cuan



do os conocí yo no era libre. Había un hombre de por medio, un hombre á quien debo mi lujo, mis ocios, todo cuanto poseo.

Ya te lo decía, Jacobo, que ese misterio entrañaba alguna infamia.

—Apenas os conocí, se me hicieron odiosas estas relaciones... Si de ello no os he hablado antes, es porque os tenía por sobrado altivo para no prestaros á compartir mi amor con otro... Y si no rompí con él es por lo mucho que me costaba renunciar á esta existencia indolente y fastuosa, para la cual creo haber nacido... Pero hoy ya no puedo más... Ese engaño me abrumba, esa traición de todos los instantes, me enloquece...

Así pues, si aun me queréis, después de semejante confesión, estoy dispuesta á dejarlo todo, á vivir á vuestro lado en un rincón, «donde mejor os cuadre».

Estas últimas palabras: «donde mejor os cuadre» las dijo en voz baja, acercando sus labios á los míos, cual si quisiera embriagarme con su aliento...

Tuve valor bastante para responderle con alguna sequedad, que yo era pobre, que ni siquiera me ganaba la vida, y que en manera alguna había de consentir que mi hermano Jacobo la mantuviera.

A esta respuesta irguió la frente con aire triunfante.

—Y si hubiese encontrado un medio honroso y seguro de ganarnos la subsistencia, sin tener que separarnos ¿qué dirías?

A estas palabras se sacó de la faltriquera un envoltorio en papel sellado y púsose á descifrarlo... Era una contrata para entrambos en un teatro de las afueras de París, ella á razón de cien francos mensuales y yo á razón de cincuenta. Todo estaba dispuesto, sólo faltaban las firmas.

La miré con espanto. Noté que me arrastraba á un abismo, y por un momento tuve miedo de no sentirme con fuerzas bastantes para resistir... Terminada la lectura de aquel escrito, sin darme tiempo siquiera para responder, púsose á hablar febrilmente de los esplendores de la carrera teatral, de la gloriosa existencia que allá abajo nos esperaba, completamente libres, satisfechos de nosotros mismos, apartados del mundo y exclusivamente consagrados al cultivo del arte y al amor.

Habló demasiado, tiene ese defecto, y esto me dió tiem-

po de reponerme é invocar á mamá Jacobo desde el fondo de mis entrañas, de suerte que, cuando ella hubo concluido aquella retahíla de palabras, pude contestarle con la mayor frialdad:

—¡Yo no quiero ser cómico!

Empezaba ella á amoscarse.

—Entonces,—me dijo palideciendo,—preferís tal vez que me vuelva allá abajo todos los días de ocho á diez, y que las cosas continúen como hasta aquí...

A esto contesté con imperturbabilidad:

—Partid del principio que no prefiero nada... Encuentro sumamente honroso para vos que deseéis ganáros esa vida, que ahora debéis á las generosidades de un señor de ocho á diez... Pero repito que no siento la menor vocación para el teatro, y que jamás seré comediante.

Al llegar aquí estalló.

—¡Ah! con qué ¿no quieres ser comediante?... Entonces ¿qué quieres ser?... Sepámoslo. ¿Te crees aún poeta, por ventura?... ¡Se cree poeta!... Pero ¿no ves, insensato, que para serlo no tienes nada de lo que se necesita?... Miradlo, se figura que por haber hecho estampar un libro detestable, del cual nadie se ocupa, un libro que nadie puede ver, han de tenerle por poeta... Pero infeliz. ¿No sabes que tu libro es una sarta de sandeces?... Lo dice todo el mundo... Hace dos meses se puso á la venta, y no se ha expendido más que un triste ejemplar, el mío... ¿Poeta tú?... ¡Vaya hombre!... Sólo tu hermano es capaz de creer semejante tontería... Otro inocentón tu hermano... y buenas cartas que te escribe... Hay para morir de risa con su dichoso artículo de Gustavo Planche... Y mientras tanto, se está matando para mantenerte... y tú, durante este tiempo ¿qué haces?... Vámonos á ver, dílo... Porque tu cabeza tiene cierto carácter, te vistes de turco y con esto crees tener bastante... Mas debo advertirte que de algún tiempo á esta parte, hasta el carácter que tenía tu cabeza se va al demontre á marchas dobles... Te estás volviendo feo, feísimo... Toma, mírate al espejo... Segura estoy de que si volviesses á llamar á las puertas de tu doncellita, había de darte unas solemnes calabazas... Y eso que sois tal para cual... y ambos habéis venido al mundo para vender loza en el pasaje del Salmón... Después de todo te irá mejor este oficio, que entrar en el teatro...

¡De qué modo babeaba y me estrechaba!... No has visto frenesí como el de aquella mujer. Yo la contemplaba sin decir palabra. Al terminar, me acerqué á ella, temblándome todo el cuerpo y aun pude decirle con tranquilidad:—No quiero ser cómico.

Y al par que tal decía, me encaminaba á la puerta, la abría de par en par y le indicaba la escalera...

—¡Cómo!... ¿Qué me vaya?—exclamó riendo con sorna... Todavía no he dicho de la misa la media...

No pude más: una oleada de sangre se me subió al rostro... cogí un morillo de la chimenea, me lancé hacia ella y no tengo que decirte si despejó en seguida... ¡Chico! En tales momentos, comprendí al español Pacheco.

Tomé el sombrero y bajé tras ella... He rodado todo el día de un lado á otro como un hombre ébrio... ¡Oh, si me hubieras visto!... Por un instante tuve intención de irme á casa Pierrotte, postrarme de hinojos y pedir perdón á los ojos negros... Es más, llegué á la puerta de la tienda; pero no me atreví á seguir adelante... Hace ya dos meses que no voy por allí. Me han escrito y no he contestado, han venido á verme y me he escondido... ¿Con qué cara había de presentarme?... Pierrotte se hallaba sentado en su escritorio, estaba triste... Le he contemplado un instante á través de los cristales, y he tenido que marcharme, llorando como un niño.

Llegada la noche, he vuelto á casa. Me he asomado á la ventana, he llorado mucho y luego me he puesto á escribirte. Escribiéndote pasaré la noche... Parece que tú estás aquí, que deparó contigo y esto me consuela.

Esta mujer es un monstruo. ¡Cuán segura creía estar de mí! ¡Y cómo se imaginaba que era yo su juguete, un objeto baladí, una cosa cualquiera!... Figúrate... ¡Llevarse á hacer comedias á las afueras!... ¡Oh, Jacobo! Aconséjame, no sé lo que me pasa... sufro mucho... ¡Me ha hecho tanto daño esta mujer! No tengo confianza en mí, vacilo, estoy azorado... ¿Qué debo hacer?... ¿Trabajar?... ¡Oh, sí!... Ella tiene razón. No soy poeta... Mi libro no se vende... ¿Y cómo vas á componértelas para saldar tus compromisos?...

Toda mi vida consumida... No veo nada, ni sé qué hacer... Tinieblas por todas partes... Hay nombres predestinados. Se llama Irma Borel. Borel en nuestra tierra quiere decir verdugo... ¡Irma Verdugo!... ¡Qué bien le cuadra este

nombre!... Quisiera mudar de casa... Este cuarto se me hace odioso, y luego me expongo á tropezar con ella en la escalera... Por si volviese á subir, tranquilízate... Pero no subirá. Ya se habrá olvidado de mí... Allí están los artistas para consolarla...

¡Ay, Dios mío!... ¿Qué oigo?... Jacobo, hermano mío, es ella; sí, ella es. Se encamina hacia aquí... Conozco su modo de andar... Está ahí, muy cerca... Percibo su aliento... Sus ojos pegados á la cerradura me atisban, me abrazan, me...»

Esta carta quedó por enviar.

## XII

## Tolocototinián

Hemos llegado á las páginas más negras de mi historia, á los días de miseria y baldón que hubo de pasar Poquita Cosa al lado de aquella mujer, metido á cómico en los afueras de París. ¡Caso singular!... Aquel período de mi vida, accidentado, tumultuoso, semejante á un torbellino, ha dejado en mi sér más remordimientos que recuerdos.

Lo tengo todo embrollado, confuso en el rincón más obscuro de mi memoria, y nada veo, nada absolutamente.

Pero, aguardad, creo que sin más que cerrar los párpados y tararear dos ó tres veces el extraño y melancólico estribillo: «¡Tolocototinián! ¡Tolocototinián!» se despertarán de repente en mí y como arte de encantamiento los dormidos recuerdos, surgirán de sus sepulcros las horas muertas y volveré á encontrar á Poquita Cosa, tal como entonces era, morador de una casa nueva y muy espaciosa del «Bulevard Montparnasse», entre Irma Borel que estudiaba sus papeles y Cucú-Blanc, que sin cesar cantaba:

«¡Tolocototinián!... ¡Tolocototinián!...»

¡U! ¡qué cosa tan horrible! Véola todavía, sí, aun la veo con su millar de ventanas, su pasamano verde y pegajoso,

Poquita Cosa.—14

sus lumbreras abiertas, sus puertas numeradas, sus extensos corredores blancos, oliendo á pintura fresca... ¡casa nueva y sucia ya!... Contenia ciento y ocho cuartos, y cada cuarto albergaba una familia. Pero ¡qué familias!... Disputas todo el día, gritos, estrépito y carnicería; por la noche rorros chillando, pies desnudos andando por el pavimento y últimamente el monótono y pesado balanceo de las cunas, y de vez en cuando, para variar, una que otra visita de la policía.

Allí en aquel antro de alquiler de siete pisos fueron á albergar su amor Irma Borel y Poquita Cosa... triste morada hecha á propósito para huéspedes semejantes... Tomáronla con preferencia por estar muy cerca del teatro, y porque como á casa nueva el alquiler no era muy caro... Por cuarenta francos tenfan dos cuartos en el segundo, con un asomo de balcón sobre el «bulevard»; era la suya la mejor habitación de la casa... Todas las noches se retiraban á eso de las doce, atravesando las vastas y desiertas avenidas, por donde pululaba una que otra blusa silenciosa, algunas mujerzuelas sin pañuelo ni sombrero, y los largos y holgados levitones grises de las patrullas.

Andaban presurosos por la calzada. Al llegar á casa encontraban un bocado frío al extremo de la mesa y á la negra Cucú-Blanc esperándoles... Irma Borel se había quedado con Cucú-Blanc. El señor de Ocho-á-Diez recobró cochero, muebles, vajilla y carruaje; Irma Borel se reservó la negra, la cacatua, algunas alhajas y todos los vestidos. Naturalmente, éstos, sólo le servían en la escena, pues las colas de terciopelo y «moaré» no se han hecho para barrer «bulevares» exteriores... Los trajes por sí solos ocupaban uno de los dos aposentos. Colgados alrededor en una serie de perchas de hierro, sus sedosos pliegues y colores vivos, contrastaban de una manera muy rara con el pavimento deslustrado y los estropeados muebles. La negra dormía en este cuarto.

Allí instaló su petate, su herradura y su indispensable botella de aguardiente; sólo que por miedo de que pegara fuego no le dejaban vela, de suerte que por la noche, cuando llegaban sus amos, Cucú-Blanc acurrucada en el jergón sin otra luz que un rayo de luna, tenía en medio de los misteriosos trajes colgados todas las trazas de la bruja á quien confiara Barba Azul la custodia de las siete

ahorcadas... El otro aposento, algo más reducido, servía para ellos y la cacatua. No cogían en él más que la cama, tres sillas, una mesa y la percha dorada del volátil.

Durante el día apenas si salían de su triste y angosta vivienda. El tiempo que el teatro les dejaba libre, lo pasaban en casa estudiando sus respectivos papeles, y á fe que no era floja la algarabía que allí se armaba. De un extremo á otro de la habitación resonaban dramáticos rugidos: —¡Hija mía!... Devolvedme á mi hija... ¡Por aquí Gaspar-dol!... ¡Su nombre, su nombre, misera...a...a...ble!—Todo esto mezclado con los desgarradores chillidos del pajarraco y la aguda voz de Cucú-Blanc, que tarareaba sin cesar:

«¡Tolocototiñán!... ¡Tolocototiñán!...»

Irma Borel era feliz: esta vida le gustaba en extremo, y nada le distraía tanto como los azares del artista tronado... «No echo en falta nada», repetía con frecuencia. ¿Y qué es lo que había de echar de menos? El día en que la miseria acabase de aburrirla, el día en que estuviese harta de beber peleón ó de tragar repugnantes guisos con salzas oscuras de los que le subían del bodegón más próximo, el día en que estuviese harta allí de ese arte dramático de los afueras, aquel día sabía muy bien que podía reanudar á poco precio su existencia de otros tiempos. No tenía más que levantar el dedo para recobrar lo perdido.

Con tal pensamiento á retaguardia no le faltaba valor, y por esto repetía sin cesar:—«No echo en falta nada». En efecto, nada echaba de menos, ¿pero y él?...

Ambos hicieron su primera aparición con «Gaspar-do el Pescador», uno de los mejores modelos de la hojalatería dramática. En este drama ella fué recibida con vítores, no por su talento, ni por su voz que era muy mala, ni por sus gestos que eran muy ridículos, sino por sus brazos de nieve y sus soberbios trajes de terciopelo. Aquel público no estaba acostumbrado á las exhibiciones de carne deslumbrante, ni á las fastuosas telas de á cuarenta francos el metro. El público decía: «¡Es una duquesa!» y los majos deslumbrados, aplaudían á rabiar.

El en cambio distó mucho de merecer semejante acogida. Le encontraron demasiado enclenque, y á más se cor-

taba y tenía miedo. Hablaba en voz tan baja que parecía que se confesara y el público no cesaba de gritar:

—¡Más alto! ¡No se oye!

Pero se le anudaba la voz en la garganta ahogándose antes de salir, y le dieron una silba tremebunda... ¡Cómo ha de ser! Contra lo que Irma decía, la vocación faltaba, y luego no hay razón alguna para que un mal poeta sea un buen comediante.

La criolla pretendía consolarle:—No se han fijado en el carácter de tu cabeza...—le decía á cada momento. En cambio el director no estaba por cabezas ni por caracteres, y á las dos representaciones que habían sido á cual más tempestuosas, le llamó á su gabinete y le dijo:

—Muchacho, tú no has nacido para el drama... hemos equivocado la senda... Probaremos el «vaudeville». Me parece que los papeles cómicos son más á propósito y te han de sentar muy bien.

Y desde el día siguiente se ejerció en el «vaudeville», desempeñando galanes cómicos, ora calaveras cursis que beben gaseosa por Champaña, y corren por la escena con las manos en la barriga, ora necios con peluca rubia que lloran como becerros «¡ji... ji... ji!...» ora en fin sándios campesinos que andan enamoradotes haciendo rodar los ojos con estupidez y exclamando:

—Señorita de mis entretelas, mire usted... señorita... que estoy chillado por usted... ámeme usted... ó reviento ¡caspitina!...

Desempeñó Juanelos y tipos temblones; no hubo papel de feo ó bobo que no se le confiara, y debo decir en honor de la verdad que no lo hacía del todo mal. El desventurado hacía reír y era muy aplaudido.

¿Y cómo se comprende que precisamente cuando se hallaba en escena, engrudado el rostro de blanco y colorete y cargado de oropes, era cuando se ponía á pensar en Jacobo y en los ojos negros? Precisamente al hacer una mueca ó una contorsión estúpida, surgía de improviso ante sus ojos la imagen de aquellos seres idolatrados á quienes traicionara tan cobardemente.

Casi todas las noches, y me guardarán de mentir los majos del lugar, á lo mejor de una tirada se paraba en seco y permanecía un momento alelado, estático, contemplando la platea con la boca abierta... En aquellos con-

tos instantes el alma se le salía del cuerpo, salvaba el proscenio, reventaba la techumbre de un formidable aletazo y brujía á saludar á Jacobo, á dar un beso á la señora Eyssette, á pedir perdón á los ojos negros, lamentándose amargamente del tristísimo y humillante oficio á que se veía condenado.

—¡Qué me pirro por usted... ámeme usted... ó reviento, ¡caspitina!—decía la voz del apuntador, y entonces el malhadado Poquita Cosa, arrancado de golpe á sus ensueños, y cayendo de la gloria, paseaba á uno y otro lado sus ojos asombrados en los cuales se pintaba un azoramiento tan espontáneo y á la faz tan cómico, que toda la sala se echaba á reír desaforadamente... En la jerga de la escena, esto es un efecto, de modo que había dado con un gran efecto sin comerlo ni beberlo.

La compañía de que formaba parte trabajaba en diversas localidades, viniendo á ser una especie de compañía de cómicos de la legua, que funcionaba tan pronto en Grenelle, como en Montparnasse, en Sévres, en Sceaux ó en Saint Cloud. Para trasladarse de uno á otro punto, se estibaban en el ómnibus de la empresa, un ómnibus café con leche, viejo y desvencijado, del cual tiraba un penco tísico. Los cómicos pasaban el camino cantando ó jugando á los naipes, y los que no sabían sus papeles, se colocaban al fondo y los repasaban durante el tránsito. Aquel era su sitio reservado.

Poquita Cosa permanecía de continuo taciturno y triste como todos los grandes actores y cerraba los oídos á las trivialidades que zumbaban á su alrededor. Por hondo que hubiese caído, aquellos cómicos ambulantes estaban aún muy por debajo de él. Al encontrarse en su compañía se sonrojaba. Las mujeres, pretenciosas como ellas solas, ajadas y cubiertas de afeites, eran excesivamente amaneradas y sentenciosas. Los hombres, allá se iban, seres gárrulos, sin ideal ni ortografía, hijos de peluqueros ó de vendedores de frituras, que se habían metido á cómicos por falta de ocupación mejor, por haraganería ó por amor al palco y afición de disfrazarse, ávidos de aparecer sobre las tablas con guantes de color claro y levitón á lo Souwaroff, Love-laces de barrera, preocupados de continuo de su porte, derrochando el sueldo en la peluquería y diciendo con convicción íntima: «Hoy sí que he trabajado», cuantas ve-

ces invertían cinco horas confeccionándose un par de botas Luis XV, con dos metros de papel charolado... En verdad que para ir á caer en tal guimbarde, no valía la pena de mirar con tanto desdén el cursi salón de Pierrottel.

Por su carácter hosco, por su orgullo y su reserva, sus camaradas le detestaban y decían de él: «Es un cazurro». En cambio la criolla, se llevaba todos los corazones. Reinaba en el ómnibus como una princesa en su apogeo; cuando reía mostraba dos filas de dientes y echaba la cabeza atrás para que admiraran las líneas de su garganta; tuteaba á todo el mundo, llamando á los hombres «compadre» y á las mujeres «hija mía», y los más ariscos decían de ella: «Es una buena chica». ¡Una buena chical! ¡qué irrisión!...

Así rodando de un punto á otro y riendo sin cesar, entre un verdadero fuego granado de chistes verdes y chascarrillos groseros, se llegaba al sitio de la representación. Terminado el espectáculo, mudarse de ropa en un periquete y otra vez al coche, de regreso á París. Estaba obscuro, se charlaban en voz baja y las rodillas se buscaban unas á otras entre las tinieblas. De vez en cuando oíase una risa ahogada... El coche se paraba en el resguardo del Arrabal del Maine. Bajaba todo el mundo y todos acompañaban á Irma Borel hasta la puerta de la inmensa covacha, donde Cucú-Blanc entre Pinto y Valdemoro les aguardaba cantando tristemente:

«¡Tolocototiñán!... ¡Tolocototiñán!...»

Todo el mundo al verles tan juntitos, hubiera creído que se amaban. Nada de eso; no podían amarse, se conocían demasiado. Harto sabía él que ella era falsa, desalmada y perversa; y ella por su parte no ignoraba que él era débil hasta la degradación. Ella se decía:

«El día menos pensado se presenta su hermano y se lo lleva para volverlo á los brazos de la porcelanera.» Y él pensaba:

«El mejor día, cansada de la vida que arrastra, se enreda con un nuevo señor de Ocho-á-Diez, y me deja atascado en este inmundo lodazal...»

Este eterno recelo de perderse enturbiaba el amor; que pudieran profesarse. No se amaban y estaban celosos

¿Encontráis extraño que no haya amor donde existen celos? Pues bien, así sucedía. Cuando ella hablaba familiarmente con algún compañero de teatro, él se ponía pálido. Cuando él en cambio recibía una carta, ella se la arrebatava y rompía el sobre con mano convulsa... Las cartas que recibía eran casi todas de Jacobo. Las leía de la cruz á la fecha y las arrojaba sobre una silla diciendo con desdén:

—La canción de siempre.

¡Oh, sí! siempre lo mismo, es decir, siempre la misma abnegación, la misma generosidad é igual heroísmo. Precisamente por eso ella le aborrecía...

El buen Jacobo no tenía la menor sospecha. ¿Cómo pensar mal?... Se le escribía que todo andaba á pedir de boca; que ya iban vendidas las tres cuartas partes de los ejemplares de la «Comedia pastoral» y que al vencimiento de los pagarés habría en las librerías fondos suficientes para hacer frente al compromiso. Bueno y confiado como era, Jacobo continuaba enviando los cien francos mensuales á la calle Bonaparte, á donde pasaba Cucú-Blanc á recogerlos.

Con estos cien francos y el sueldo que sacaban del teatro, tenían lo suficiente para vivir, sobre todo en aquel barrio de gentes de poco pelo. Pero ni el uno ni la otra conocían, como suele decirse, el valor del dinero, él por no haber tenido nunca un céntimo y ella por haber derrochado fuertes cantidades. Con que figúrense ustedes ¡qué despilfarro! Desde el día cinco de cada mes, la caja, consistente en una pequeña babucha javanesa de paja de maiz, quedaba completamente exhausta. Había que atender en primer término á la manutención de la cacatua que por sí sola gastaba tanto como una persona mayor. Luego siempre se ofrecía gastar algo en blanquete, «coldrem», polvos de arroz, opiata, patas de liebre y en todos los arreos y menajes de la perfumería escénica. Después los libros de las obras que se representaban eran viejos y mugrientos, y la señora los quería nuevos y flamantes. Y por último era menester comprarle flores, muchas flores, pues ella antes hubiera preferido pasar sin comer, que con las jardineras desprovistas. En dos meses la casa estuvo acribillada de deudas. Se debía al casero, al «restaurant», al portero del teatro. De vez en cuando presentábase un acreedor armando

terribles zipi-zapes, hasta que se hastiaba de volver. En los momentos de mayor desesperación se salía del paso acudiendo al impresor de la «Comedia pastoral» y pidiéndole algunos luses, en nombre de Jacobo; y como el impresor tenía entre manos el famoso tomo de las famosas memorias, y veía que Jacobo continuaba de secretario del de Hacqueville, abría su bolsa sin desconfianza. Así, de Luis en Luis acabó por adelantarles cuatrocientos francos, que unidos á los nuevecientos de la edición, elevaban la deuda de Jacobo á mil trescientos francos.

¡Pobre mamá Jacobo! Cuántos desastres le esperaban á su regreso. Daniel desaparecido, los ojos negros llorando sin cesar, ni un tomo expendido, y un descubierto de mil trescientos francos. ¿Cómo iba á componérselas?... La criolla se inquietaba poco por todo ello; pero á él, á Poquita Cosa, este pensamiento le torturaba de continuo. Era una obsesión, una perpetua angustia. En vano buscaba olvido y consuelo en el aturdimiento y al efecto trabajaba como un presidiario (¡y qué trabajo, Virgen Santa!); en vano estudiaba nuevas bufonadas, nuevas muecas mirándose en el espejo: éste le devolvía la imagen de Jacobo en vez de la suya, y entre las líneas de su papel, en lugar de Langlumeau, Josias y otros personajes por el estilo, leía el nombre de Jacobo, Jacobo, Jacobo y siempre Jacobo.

Todas las mañanas consultaba con terror el almanaque, contando los días que faltaban para el vencimiento del primer pagaré, y decía estremeciéndose:

—¡Sólo un mes... tres semanas no más!...

Pues harto sabía que protestado el primer pagaré, tiraría el diablo de la manta, dando principio entonces al martirio de su pobre hermano. Hasta en sueños le acosaba esta funesta idea. A veces despertaba sobresaltado, oprimido el corazón, inundado de lágrimas el rostro, ante el confuso recuerdo de una terrible pesadilla.

Y esta pesadilla, siempre igual, solía acometerle las más de las noches. Transcurría la escena en un cuarto desconocido, donde había un gran armario con viejos herrajes trepadores. Jacobo estaba allí, lívido, horriblemente lívido, tendido sobre un sofá. Acababa de fenecer. Por allí andaba también Camila Pierrotte, en pie frente al armario, tratando de abrirlo para sacar una sábana; pero no

día y tanteando la cerradura con la llave, decía con voz afligida:

—¡No puedo abrir!... ¡Estoy ciega!... ¡He llorado tanto!...

Esta pesadilla, por más que quería desecharla se sobreponía á su voluntad. Cerraba los ojos y volvía á ver á Jacobo tendido sobre el sofá, á Camila ciega, ante el armario... y al influjo de esos terrores y los consiguientes remordimientos, volvíase más huraño é irritable cada día. Y como, por su parte, no era la criolla muy sufrida, y como además presentía vagamente que se le escapaba, sin conocer á punto fijo de qué manera, y este presentimiento la enfurecía, de ahí que á cada momento tuvieran terribles peloterías, cruzándose gritos é injurias á granel, escenas, en fin, dignas de un batel de lavanderas.

Ella le decía:

—Anda, vete con tu Pierrotte á que te dé corazoncitos de azúcar.

Y él gritaba:

—Vuelve con tu Pacheco, á que te acabe de cortar el labio.

Ella le llamaba:

—¡Patán!

Y él le respondía:

—¡Sin vergüenza!

Pero luego se deshacían llorando, se perdonaban generosos, y al día siguiente vuelta á lo mismo.

Así es como vivían; pero ¡no! así es como sufrían entrambos, sujetos á un mismo grillete, dentro de una misma cloaca... Tal es la cenagosa existencia, tales las miserables horas que hoy desfilan por ante mis ojos, cada vez que tarreo el estribillo de la negra, el extraño y melancólico

«¡Tolocototián!... ¡Tolocototián!...»

### XIII

#### El rapto

Erase una noche, en el teatro de Montparnasse. Serían como las nueve, cuando Poquita Cosa que había trabajado en la primera pieza, terminada su tarea, subía á su cuarto. Por el camino cruzó con Irma Borel que iba